

LOS CUADERNOS
LOVECRAFT

LAS RATAS DE LAS PAREDES

ILUSTRADO POR ARMEL GAULME

minotauro ilustrados

LOS CUADERNOS LOVECRAFT

LAS RATAS DE LAS PAREDES

ILUSTRADO POR ARMEL GAULME

minotauro ilustrados

Título original: *The Rats in the Walls*

The Rats in the Walls, 1923

Publicado por primera vez en *Weird Tales*, en 1924

Todos los derechos reservados

© Bragelonne, 2020

Ilustraciones © Armel Gaulme, 2020

© Traducción de Joan Josep Mussarra Roca, 2021

Traducción de *Viaje a través del tiempo*, de Lúdia Estany para iScriptat

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-1051-8

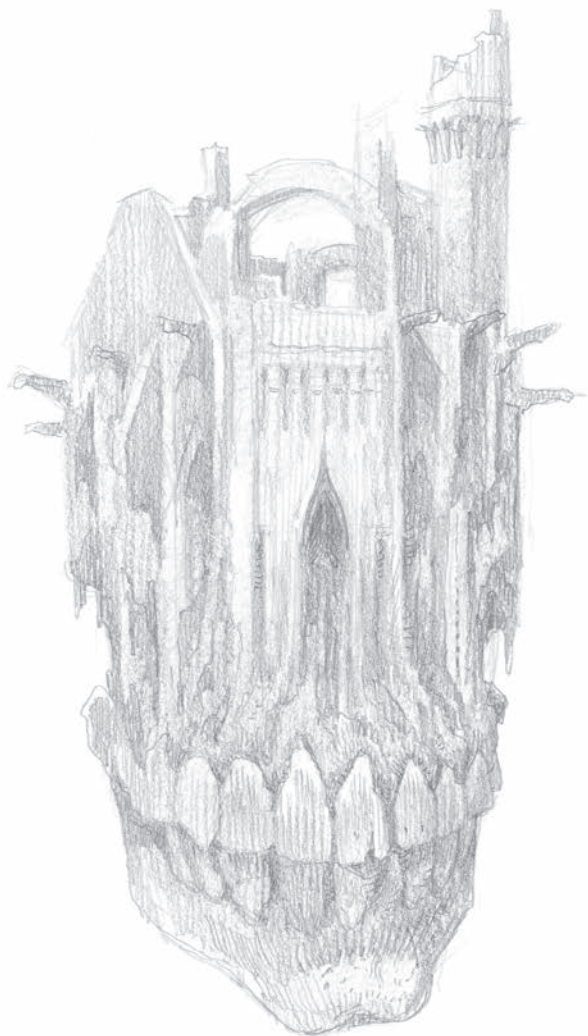
Depósito legal: B. 7.796-2021

Preimpresión: iScriptat, S.L.

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



Les Rats Dans Les Murs

MMXX

El 16 de julio de 1923 me mudé al Priorato de Exham, después de que el último de los obreros hubiera terminado su labor. La restauración había supuesto un trabajo extraordinario, porque quedaba bien poco del abandonado edificio, salvo una ruina que no era más que una cáscara vacía. Pero como aquello había sido el solar de mis antepasados, no reparé en gastos. El lugar había estado deshabitado desde los tiempos del rey Jacobo I, en los que una tragedia de naturaleza horrorosa en extremo, pero de la que apenas se sabía nada, había puesto fin a la vida del dueño, cinco de sus hijos y varios sirvientes, y había expulsado de allí, envuelto en sospecha y terror, al tercer hijo, mi antepasado directo y único superviviente de la aborrecida familia.



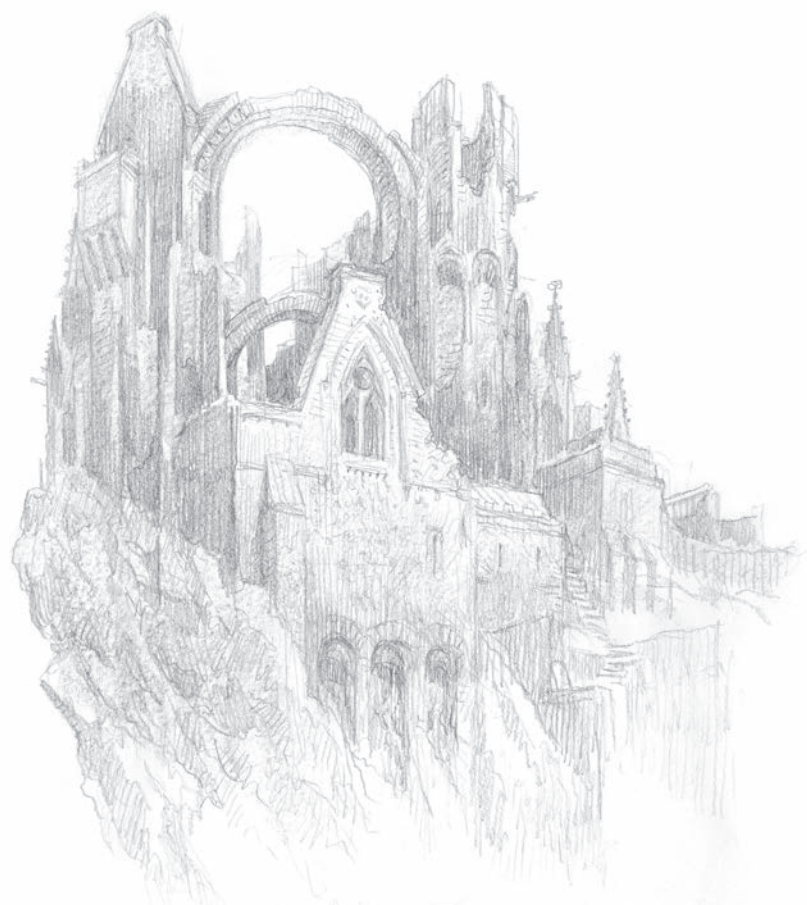
Al sufrir denuncia por asesinato el único heredero, la propiedad había pasado a manos de la corona, y el acusado no había intentado de ningún modo demostrar su inocencia ni recobrar su propiedad. Apabullado por un horror más grande que el de la conciencia y la ley, y expresando tan solo un frenético deseo por apartar el antiguo edificio de su vista y su memoria, Walter de la Poer, undécimo barón de Exham, huyó a Virginia y una vez allí fundó la familia que en el siglo siguiente sería conocida como Delapore.

El Priorato de Exham quedó deshabitado, aunque en tiempos posteriores se incorporara a las propiedades de la familia Norrys, y fuera muy estudiado a causa de la peculiar composición de su arquitectura, en la que torres góticas se sostenían sobre una base sajona o románica, cuyos cimientos, a su vez, pertenecían a un orden aún más antiguo, o eran una mezcla de órdenes: romano, e incluso druídico, o nativo címrico, si es que las leyendas cuentan la verdad. Los cimientos eran muy singulares. Por uno de los costados se fundían con la sólida piedra



caliza del precipicio desde donde el priorato se cernía sobre un valle desolado, casi cinco kilómetros al oeste del pueblo de Anchester.

Los arquitectos y especialistas en la Antigüedad estaban encantados con examinar aquella extraña reliquia de siglos olvidados, pero las gentes del campo la odiaban. La habían odiado desde cientos de años atrás, en los tiempos en que mis antepasados vivían allí, y seguían odiándola después de que el abandono la cubriera de musgo y moho. Aún no había terminado mi primer día en Anchester cuando supe que mi familia provenía de una casa maldita. Y esta semana los obreros han volado el Priorato de Exham y están atareados en hacer desaparecer toda traza de sus cimientos.



Yo siempre había conocido todos los datos básicos sobre mis antepasados, así como el hecho de que mi primer ancestro americano había llegado a las colonias acompañado por turbias murmuraciones. Los detalles, sin embargo, me resultaban totalmente desconocidos, a causa de la política de discreción que siempre habían seguido los Delapore. A diferencia de los propietarios de las haciendas vecinas, raramente alardeábamos de descender de cruzados, ni de otros héroes medievales o renacentistas, y tampoco habíamos preservado tradiciones de ningún tipo, salvo lo que quizá se hallara en el sobre sellado que antes de la Guerra de Secesión todos los cabezas de la familia entregaban al hijo mayor para que lo abriera después de su muerte. Las glorias que acariciábamos eran las que habíamos alcanzado después de la emigración, las glorias de una familia virginiana orgullosa y honorable, aunque algo reservada y nada proclive a socializar.



En el curso de la guerra se extinguió nuestra fortuna, y toda nuestra existencia cambió cuando incendiaron Carfax, nuestro hogar a orillas del James. Mi abuelo, de edad provecta, pereció en aquella atrocidad, y con él, el sobre que nos ligaba a todos nosotros con el pasado. Hoy día recuerdo aquel fuego igual que lo vi entonces, a la edad de siete años. Los soldados federales pegaban gritos, las mujeres chillaban y los negros aullaban y rezaban. Mi padre estaba en el ejército, defendiendo Richmond, y después de muchas formalidades mi madre y yo pudimos atravesar las líneas del frente para ir con él.

Al terminar la guerra, todos nosotros nos marchamos al norte, de donde provenía mi madre, y crecí hasta hacerme hombre, de mediana edad, e indudablemente rico, con tenacidad más propia de un yanqui. Ni mi padre ni yo mismo llegamos a saber lo que contenía el sobre que se había transmitido como herencia, y mientras me integraba en el deprimente mundo de los negocios de Massachusetts perdí todo interés por los misterios que, sin lugar a dudas, acechaban muy atrás en mi árbol familiar.

¡Si hubiera sospechado cuál era su naturaleza, con qué alegría habría abandonado el Priorato de Exham a su musgo, sus murciélagos y telarañas!

Mi padre murió en 1904, pero no tenía ningún mensaje que pudiera dejarnos ni a mí ni a mi único hijo, Alfred, un niño de diez años que había perdido a su madre. Fue aquel muchacho quien invirtió el orden en el que se transmitía la información familiar. Mientras que yo solo podía ofrecerle graciosas conjeturas sobre el pasado, él me escribió sobre ciertas leyendas ancestrales muy interesantes cuando la pasada guerra lo llevó a Inglaterra en 1917 como oficial de aviación. Al parecer, los Delapore tenían una historia accidentada y tal vez siniestra, porque un amigo de mi hijo, Edward Norrys, capitán del Royal Flying Corps, vivía cerca del solar familiar, que se hallaba en Anchester, y le había contado algunas supersticiones de las gentes del campo tan descabelladas e increíbles que pocos novelistas habrían podido inventar algo parecido. El propio Norrys no se las tomaba en serio, por supuesto. Pero divertieron a mi hijo y le dieron buen material para las cartas que me escribía.



Fueron aquellas leyendas lo que, definitivamente, volvió mi atención hacia mis raíces británicas, y me convenció de adquirir y restaurar la casa solariega de mi familia, que Norrys mostró a Alfred en su pintoresco abandono y le ofreció a cambio de una suma de dinero sorprendentemente razonable, puesto que su propio tío era el propietario actual.

Adquirí el Priorato de Exham en 1918, pero el regreso de mi hijo, mutilado e inválido, me distrajo de inmediato de mis planes de restaurarla. Durante los dos años en los que aún vivió, tan solo pensé en cuidarlo, y llegué al extremo de confiar la dirección de mi negocio a mis socios.